

Algunas notas sobre la instrucción pública en España a comienzos del siglo XIX

La Memoria que el encargado de Negocios de la Embajada francesa en Madrid, barón de Boislecomte, elevó a su Ministerio de Asuntos Exteriores en 1827 (1), está dedicada en su último apartado a trazar una panorámica sobre la instrucción pública en España en el primer cuarto del siglo XIX. Su información no es excesivamente abundante, ya que hay que tener en cuenta que estas páginas son sólo una parte de una más extensa relación acerca de la sociedad española de aquellos años en su conjunto. Sin embargo, por la honestidad de su informe y por las interesantes consideraciones que realiza en torno a algunos aspectos del tema, merece ser tenida en cuenta.

Los datos que aporta Boislecomte sobre la instrucción primaria no coinciden exactamente con los que nos proporciona Moreau de Jonnes (2), aunque ambos autores se muestran de acuerdo en señalar la escasa proporción de niños que asisten a las escuelas en España, en comparación con otros países europeos. Por el contrario, en la enseñanza superior —a la que no hace referencia Moreau en su libro— la superioridad española sobre otros países es detallada con cifras muy reveladoras por el diplomático francés, y puesta de relieve como un fenómeno que llama su atención. Ahora bien, al mismo tiempo, Boislecomte señala la disminución del número de estudiantes universitarios en los

(1) Ministère des Affaires Etrangères. *Mémoires et Documents (Espagne)* vol. 97 1700-1827). —

He utilizado ya dicha Memoria en otros trabajos («El clero español en la segunda restauración fernandina, según la Memoria del diplomático francés Boislecomte» en *Hispania Sacra*, XXIX, 1976; y «The french-Spanish commerce in the 1st third of the 19 century» en *Iberian Studies*, en prensa), en los que pongo de manifiesto la excepcional importancia de este documento, por cuanto significa una aportación testimonial de una rara objetividad sobre la situación de España en esta época en múltiples aspectos.

(2) Cfr. MOREAU DE JONNES, *Estadística de España*, Barcelona 1835, p. 339.

últimos años, como consecuencia de la acción del gobierno absolutista, temeroso de que la instrucción superior llegara a convertirse en un peligro para el mismo régimen.

La intranquilidad que se produjo entre el funcionariado —nutrido especialmente por individuos procedentes de las universidades— como resultado de las depuraciones efectuadas por el gobierno fernandino, es también puesta de manifiesto por Boislecomte, quien señala cómo con este motivo los cargos públicos dejaron de ser ya una «propiedad inalienable y respetada». No olvidemos que fue precisamente a partir de entonces cuando la estabilidad del funcionario pasaría a depender de la coincidencia de su orientación política con la del gobierno.

En cuanto a los otros sectores de la enseñanza, la desconfianza y el recelo que provocaba en el gobierno todo aquello que pudiese dar lugar a una toma de conciencia por parte del estudiantado de una situación en la que toda reforma era considerada como sospechosa, incidieron negativamente sobre su desarrollo.

Todas estas consideraciones hacen del informe de Boislecomte sobre la instrucción pública un breve documento digno de ser conocido, por lo que se incluye a continuación íntegramente y traducido al castellano.

LA INSTRUCCION PUBLICA

El estado de la instrucción pública y de la educación en España presenta ante todo una circunstancia digna de reseñarse. España es el país de Europa en el que la instrucción que proporcionan los estudios superiores está más difundida, y también es en el que la enseñanza primaria es más escasa y donde hay menos gente que sepa leer y escribir.

No se pueden dar más que datos muy vagos sobre el número de niños que asisten en España a las escuelas primarias. Nos limitaremos a observar que, en general, desde finales del siglo pasado, la educación popular se ha extendido mucho en España. Los conventos han comenzado a crear escuelas para enseñar a leer y escribir a los niños. Las Cortes de 1812 decretaron que se estableciesen en cada pueblo una escuela primaria, y las de 1820 reemprendieron la ejecución de esta medida, aunque bien es verdad que nos acercaríamos seguramente a la realidad de hoy estimando con Mr. Balbi que el número de niños que asisten a las escuelas en España es de aproximadamente de 1 sobre 60. Sabemos que la media en Francia es de 1 sobre 30; en Suiza de 1 sobre 18; en Inglaterra de 1 sobre 16; en Austria de 1 sobre 16; y en Holanda de 1 sobre 12.

Observemos también una circunstancia que compensa a los españoles de la escasez de la instrucción primaria.

La lengua nacional no está desfigurada en España a causa de los idiomas corrompidos y de los dialectos del pueblo que hacen útil la comunicación de ideas, y en general difíciles y lentas todas las relaciones de la sociedad en la mayor parte de nuestras provincias de Francia. A todo lo largo de las dos Castillas y de Aragón, en Extremadura, la Mancha, Asturias, el Reino de León, el campesino habla una lengua tan pura y tan correcta como la que habla el Grande de España.

El andaluz y el murciano añaden algunas palabras árabes y algunas expresiones graciosas, herencia que les han transmitido los moros y que se mezclan con la lengua sin corromperla.

Sólo hay cuatro provincias en España que no disfrutan de esa ventaja.

Galicia, donde el lenguaje del pueblo es muy parecido al de los portugueses; Vizcaya, donde la lengua vasca es la lengua nacional; Cataluña y una parte del Reino de Valencia, donde predomina todavía la lengua limosina que se habla en la Provenza y el Languedoc. El Gobierno trata de hacer desaparecer este inconveniente, y ha ordenado, hace ya algunos años, que en todas las escuelas de las ciudades y en todas partes en donde sea posible hacerlo, las lecciones se impartan en lengua castellana.

Si la enseñanza primaria ha hecho progresos en general en España desde finales del siglo pasado, la enseñanza superior ha perdido más bien como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios. Había en 1792 de 12 a 13 mil estudiantes en las universidades españolas; hoy hay menos. El Gobierno, según los principios por los que se rige actualmente, tiende a hacer disminuir ese número; considera la expansión de una instrucción liberal más como un mal y un peligro que como un beneficio para el país. Esta es la opinión que el ministro Calomarde ha dejado entrever en el informe que ha presentado al Consejo de Estado, en el curso del año pasado.

Según el informe, el número de estudiantes se repartió de la forma siguiente durante el año 1825 en las quince universidades de España y en los seminarios que están agregados a ellas:

— Estudiantes inscritos en los cursos de Derecho:			
Civil	3.800	}	4.151
Canónico	271		
— Idem de Filosofía y Ciencias naturales	2.511	}	8.654
— Idem de Teología	1.116		
— Idem de Medicina	854		

Si se añaden los estudiantes de los seminarios agregados a las universidades:

—Alumnos de Filosofía	2.163	} 3.332
—Alumnos de Teología	1.159	
Habrá en total de estudiantes en España		11.976

Comparando este número de estudiantes con el que existe en los otros países de Europa, se observará una proporción muy ventajosa para España:

—España, comprendidos los Seminarios	11.976, o 1 est. por 1.165 hab.
Sin comprender los Seminarios	8.654, o 1 » por 1.630 »
—Inglaterra e Irlanda en 1819	
(Según M. Balbi)	9.284, o 1 » por 2.390 »
—Países Bajos en 1824	
(Informe del Ministro del Interior)	2.273, o 1 » por 2.420 »
—Prusia en 1820 (Comprendidos los	
1.767 teólogos. Informe oficial)	4.323, o 1 » por 2.760 »
—Francia en 1827 (estado oficial dado	
por las universidades)	10.954, o 1 » por 3.200 »
—Austria (Según M. de Balloy)	3.684, o 1 » por 5.280 »

Este puesto glorioso que ocupa España en Europa en el informe de los estudios superiores, ese gran número de jóvenes que reciben una educación liberal, constituye un hecho que no ha sido suficientemente resaltado, que resulta incluso contrario a la idea que se tiene sobre España, y que sin embargo no debe ser desconocido ni olvidado por aquellos que se ocupan de la organización de esta monarquía.

El elevado número de jóvenes que salen de las escuelas para los cargos públicos y para las carreras superiores, constituye un recurso precioso y también un quebradero de cabeza para el gobierno; una facilidad para reconstruir y una facilidad más grande todavía para derribar lo que existe. En este sentido se han visto los resultados con motivo de la revolución. En las asambleas deliberantes, la facilidad natural para la oratoria ha sido tan generalizada que nadie ha tenido necesidad de elaborar discursos escritos, y las discusiones han sido mucho más elocuentes y mejor apoyadas de lo que podía esperarse en España.

Se ve en las universidades un gran número de estudiantes que no tienen ni siquiera medios para alimentarse, y que deben ir diariamente a buscar su subsistencia a la puerta de los conventos. En virtud de la educación que reciben, estos jóvenes pretenden alcanzar inmediatamente una posición más elevada y depender por completo de sus empleos. Los cargos públicos, antes de estos últimos disturbios, estaban considerados como una especie de propiedad inalienable y respetada por el soberano; una vez que se puso la mano en ellos y que comenzaron las destituciones, los esfuerzos para conservar o adquirir

plazas se han convertido en una de las principales causas de la agitación y de intranquilidad de los espíritus.

Yo no podría proporcionar en un informe sobre las Bellas Artes datos tan exactos como los que nos ha proporcionado el Ministerio de Gracia y Justicia para el informe sobre los estudios superiores, y debo por tanto limitarme a informar sobre algunos hechos aislados que he conocido al recorrer España.

Encontré en las simples ciudades de provincia centros científicos que harían honor a grandes capitales. En la Academia de Dibujo de Sevilla, 400 jóvenes iban a trabajar todas las tardes después de haber terminado sus trabajos de la jornada. Las 250 plazas que existen en la de Valencia estaban todas ocupadas. La Academia de Bellas Artes de Barcelona reunía cada tarde a 500 jóvenes, cuyo ardor, silencio y aplicación justificaban lo que se contaba acerca de sus progresos.

No se citarán aquí los numerosos centros destinados a favorecer las artes, las ciencias y todos los conocimientos útiles en España: se puede encontrar en cualquier parte su larga enumeración, así como la de esas sociedades patrióticas cuyo número se elevaba a 61 en el momento de la guerra de la independencia. Nos limitaremos a una reflexión.

Las sociedades patrióticas, fundadas la mayor parte bajo el régimen de Carlos III y con la protección de este monarca, han contribuido mucho al mejoramiento que se ha operado en esta época en todas las ramas de la riqueza pública; sin embargo han padecido los disturbios políticos, y la principal de entre ellas, la de Madrid, ha dejado de tener sus sesiones después de la restauración. La naturaleza de las investigaciones de estas Sociedades, la visión y la meditación habituales sobre los obstáculos que dificultaban el desarrollo de la riqueza pública, disminuían poco a poco en ellas la unión que tenían con el antiguo orden de cosas, las llevaban a señalar los abusos y a desear reformas, y una de las más grandes desgracias de la revolución ha sido la de convertir a cualquier tipo de reforma en sospechosa ante el partido realista, difícil y peligrosa de emprender.

En otro sector de los estudios superiores, otras causas han producido un resultado parecido. El hábito de los cálculos matemáticos, el espíritu de examen que proporcionan y la voluntad de no admitir más que previamente se había comprobado, habían igualmente alejado del antiguo orden de cosas, haciéndolos sospechosos a los realistas, los cuerpos y las escuelas de ingenieros y de artillería, y el Rey, a su vuelta, se apresuró a disolverlos.

Estas investigaciones sobre los resultados producidos por la cultura del espíritu, ponen cada vez más de manifiesto lo difícil que resulta la tarea del Gobierno real en España y hacen concebir la necesidad en la que se cree estar el partido dominante de desarrollar tan poco como le

sea posible el espíritu de sus habitantes, mientras que por el contrario ese desarrollo que se está produciendo por todos lados, le fuerza poco a poco a flexibilizar algunas de sus doctrinas. La lucha entre esos dos principios opuestos muestra uno de los rasgos principales de la situación actual de España.

RAFAEL SANCHEZ MANTERO